

Oraciones de los fieles con las luces del Espíritu Santo; Haz, que el mismo Espíritu ilumine nuestras almas y que imprimiendo en ellas su verdad, las enseñe: á creer con fé ciega, sencilla y docil las verdades reveladas por Ti, porque Tu eres la verdad misma y no puedes engañarte ni engañarnos; á aprender la ciencia de las ciencias que es el conocimiento de Jesucristo y á amarte como Tu quieres y mereces ser amado; para que cumplidores fieles de tus dulces mandamientos, tengamos en la tierra, el gozo inenarrable de que llena nuestro corazon el vivir en amistad contigo y después en el cielo la felicidad eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

AMEN



PREDICAD EL EVANGELIO

Prædicate evangelium om- Predicad el Evangelio á
ni creaturæ. toda criatura.

SAN MARCOS.—XVI.—15.



(Predicado en la primera Misa del Presbitero
D. Claudio Martin Gómez. En la Parroquia de San
Martin. Valladolid 31 de Marzo de 1902).

Fueron Padrinos:

Eclesiástico, *el Excmo. y Remo. Sr. Dr. D. José María de Cos, Arzobispo de esta Diócesis, y en su nombre y representación el Sr. Dr. D. Luis Blanco Garrido, Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado, y*

Seglares, *el Excmo. Sr. Dr. D. Camilo Calleja y su señora hermana la Sra. Doña Celestina Calleja de Bobo-Diez.*



ARA tí, hermano querido, es mi primer saludo. Plácemes y enhorabuenas. Dios te bendiga! A El le pido que te haga todo, todo, enteramente suyo. La síntesis de los bienes de ambos órdenes, de las venturas, de los triunfos que te deseo se encierra en esta frase: Que siempre celebres el Santo Sacrificio con las disposiciones con que hoy te acercas al Altar.

Un saludo respetuoso y humilde para tu ilustre padrino, nuestro venerable Prelado, padre amante y pastor celoso. Dios le prospere. Aprende de Él y te adaptarás perfectamente al molde del sacerdote modelo.

Un saludo muy afectuoso para tus padrinos seglares: prez ella de la aristocracia; honor él de España y de la ciencia.

Para vosotros, felicísimos cónyuges, el más sentido, el más entusiasta, el más tierno de los saludos. No hay aquí ¿qué ha de haber? ningún corazón que lata á impulso de emociones tan puras, tan santas, tan sublimemente alegres, como las que os elevan á otro mundo superior, á un mundo de dulcísimos ensueños de color de rosa. Para nosotros la figura más simpática, después de la de vuestro hijo, es la vuestra. Y para Dios también. Esas lágrimas ¿qué digo? esas perlas que ruedan por vuestras mejillas, caen en manos angélicas, los Angeles las suben á la presencia del Eterno y al soplo vivificador del Omnipotente, se trans-

forman en rocío de bendiciones y de gracias que descenden sobre la coronada cabeza del nuevo sacerdote. Que Dios os bendiga y bendiga también, hermano mío, á tus hermanos, á tu familia y á todos los que te acompañan en esta solemnidad.

Que el júbilo no apague la luz de nuestra memoria. Depositemos tu y yo una lágrima sobre una tumba y elevemos al Cielo una oración por el eterno descanso de un alma querida (1).

Sea por siempre....

(1) Descanse en paz el egregio Card. Cascajares!

El débil telescopio de nuestra vista, iluminado por los tenues fulgores de la razón humana, no podía abarcar otras anchuras que las anchuras de la naturaleza, ni dominar otra atmósfera que la atmósfera material, ni recorrer otros mundos que los mundos sujetos á la dominación del hombre. Estas maravillas naturales, los bríos de la primera materia arrancada por la voz omnipotente á las entrañas del no ser, las sucesivas evoluciones de aquella materia que desenvolviendo los gérmenes fecundos de la vida sembrados por el dedo Creador, han ido llenando de bellezas y de gracias el mundo de los astros y la tierra que pisa el hombre, constituyen el gigantesco edificio sobre cuya cúpula colosal colocó Dios el admirable trono de nuestra realeza. Pero sobre este trono hay mucho todavía: en los remates de esta obra descansan las columnas de otro edificio más gigante, más hermoso, infinitamente más elevado: el edificio del orden sobrenatural, al cual orden pertenecen las manifestaciones todas de la vida que no acaba. Para rasgar los crespones que separan los horizontes finitos de los que son infinitos, para descubrir aquellos mares que no tienen orillas ni límites ni barreras, para ver lo que puede verse en aquellos abismos insondables de luz, de vida, de bellezas y de gracias, habia necesidad de un faro potentísimo.... Cuando las manos creadoras moldearon este cuerpo que tiene el polvo por origen, del hirviente volcán de fuego que gira en derredor de la Trinidad beatísima, envolviendo en nimbos de luz increada el misterio por excelencia, el principio y el fin de todos los misterios, allá, en el preciosísimo Palacio donde se realiza la obra estupenda del amor: la generación eterna del Verbo, la procedencia eterna del Espíritu Santo, de aquel foco incandescente de luz, se desprendió una chispa, hirió la frente del hombre y bañó con torrentes de claridad su entendimiento, dando poder al alma para que se abismen en

infinitos resplandores, para que se abrahe en hogueras infinitas. La luz del rostro de Dios se ha señalado en nosotros; el alma se eleva, se eleva á las alturas y penetra en el alcázar de la eternidad con la antorcha de la fe.... Junto á la luz de la fe, los pálidos centelleos de la razón se eclipsan, como á la luz del sol no tiene vida la luz artificial. Los vivos resplandores de la luz purísima de la fe descubren todas las manchas de las cosas de aquí abajo, pone de manifiesto toda la miseria, toda la pequeñez, toda la ruindad de las criaturas; ese faro de luz nitente, de luz segura, fija, sin oscilaciones y sin dudas, se esparce por los arcanos del corazón, y este, al ver que su inmenso vacío está más vacío cada vez cuando pretenden llenarle las cosas de la tierra, late latidos divinos y, desasiéndose de las ligaduras que le retienen en el destierro, vuela á la patria, sube á Dios, suspira por Dios, para llenarse de Dios—que Dios nada más puede llenarle—para vivir de Dios en Dios y para Dios ¡porque Dios solo les su vida!

.....
Mi alma, á los fulgores de esa luz preciosa, de la luz de la fé, acaba de presenciar un espectáculo encantador. Aun siento estremecimientos de júbilo; aun me embargan las emociones de una alegría franca sin mezcla de amargura como la alegría que viene de los cielos.... Tembloroso, emocionado, retratando en tu semblante la exaltación de tu alma, solicitado, de una parte, por el temor, mientras pensabas en tu pequeñez y en lo grandioso de la dignidad de que Dios te ha revestido, y de otra, por el profundo reconocimiento á la divina largueza, te he visto, querido hermano, acercarte al altar y decir, más con las lágrimas que con los labios, más con el corazón que con la lengua, estas sencillas palabras: *Subiré los escalones del ara santa; entraré en el altar de Dios, de ese Dios que alegra mi juventud; entraré en el nombre del Padre, del Hijo y del Es-*

piritu Santo. Y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo han sonreído á tu oración, porque empezaba el sacrificio in-cruento un Cristo más, un unguento del Señor, un nuevo Sacerdote. Los cielos se han rasgado y una legión casi innumerable de ángeles ha descendido aquí, á este templo, y se ha inclinado en tu presencia para besar la orla de tu sagrada vestidura.... Los ángeles no te abandonan ni te abandonarán! la hostia que vas á ofrecer á Dios es Dios mismo y á Dios siempre le sirven los ángeles.... De la purísima sangre de Jesús, en la cual, al eco de tu voz omnipotente. (Omnipotente porque manda á Dios y Dios la presta obediencia) se convertirá el vino, los ángeles van á tomar una gota para lavar nuestra alma.... Los ángeles te saludan con este cántico: *Hossanna! hossanna Sacerdote.... Tú eres Sacerdote por toda la eternidad.* Y yo creo percibir entre las melodías celestiales los acentos de Nuestro Señor Jesucristo cuando pronunció aquellas palabras **PREDICAD EL EVANGELIO.... SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL.**

Vamos á meditarlas.

AVE MARIA....

Es una verdad axiomática que el amor se halla en razón directa al conocimiento. No es menos fundamental, según la sana filosofía, el principio que nos presenta el bien como esencialmente amable y tan de esencia del bien es esta propiedad que los dos términos bondad y amor se identifican y pueden tomarse como sinónimos, pues de hecho se confunden en la esencia de la primera causa: Dios es el amor porque es la bondad y es la misma bondad porque es el amor mismo. Sentado este precedente, la consecuencia inmediata, absoluta, incontrovertible, será que todo lo bueno debe subyugarnos, atraer nuestro corazón, infundir en él latidos de íntimo, de profundo, de sentido afecto. Como nacida del corazón del Dios-hombre, esencialmente amable porque es la perfección suma, esencialmente digna de ser amada, debe aparecer la Iglesia á la consideración de los hombres y, sin embargo, ¡extraña inconsecuencia!, la Iglesia católica es odiada con odio satánico, es aborrecida con enconos infernales. Cuál es la causa? En conformidad con la tesis que hemos sentado, no es otra, no puede ser otra que el desconocimiento de lo que es su constitución íntima; ese desconocimiento que ha dejado sordos á los hombres para que no escuchen, ni acepten por lo tanto, ese reto sublime, admirable y divino, con que nuestra Sacrosanta Religión desafía al genio escrutador de los sabios, al número poderoso de las inteligencias privilegiadas....

Oid, gigantes del saber; escuchad, colosos del mundo de las ideas; deteneos un instante en vuestras investigaciones; medita este grandioso lenguaje de la esposa del Cordero Inmaculado: *Ahi está el código de mi doctrina; ahí están mis obras; analizadlas, y, si hallais algo indigno de la sobrenatural misión con que me presento á vosotros, yo misma me disolveré, ocultando mi derrota entre mi propia vergüenza. Por cuál de mis obras, os diré con mi eterno*

fundador, queréis apedrearme? Si hablé mal, mostradme en qué, y si no, ¿por qué me herís?...

No se la conoce, y porque no se la conoce, el cuadro que se presenta á nuestra consideración es tristísimo: Dios, Padre de los hombres y de las sociedades, se encuentra desconocido en medio de sus hijos; la Iglesia está triste y desconsolada, calumniada en sus dogmas y en sus prácticas, escarnecidos sus ministros; la sociedad llena de crímenes; la inmoralidad entronizada por todas partes; la división en la familia; el desprecio de la santidad conyugal; el odio entre hermanos y por doquiera una indiferencia monstruosa....; una indiferencia que es mucho peor que la impiedad.... El indiferente está cataléptico, cataléptico del alma, y la catalepsia se resiste á todos los trabajos, á todos los remedios, á todos los planes de curación. El cataléptico no siente y la insensibilidad, es el peor de los estados para el alma....: la inspiración no la anima; la esperanza no la alienta; la gracia no la conmueve; el fuego del amor de Dios y del prójimo no tiene fuerza para que el alma abandone esa frialdad marmórea, esa frialdad que hiela, esa frialdad de muerte!.... No me deis un indiferente: le es lo mismo el bien que el mal, la verdad que la mentira.... ni siente estímulos con la memoria del infierno, ni experimenta consuelos ni alegrías con la gloria....; la misma malhadada sonrisa del desdén le merecen los actos criminales que las manifestaciones de la santidad; para él tiene el mismo mérito el que enreda entre las redes de la avaricia y de la ambición, con préstamos usurarios, al que necesita caer entre las garras de esas aves de rapina, que el abnegado y heroico que se desprende de sus bienes para remediar las necesidades ajenas, que el que se queda desnudo para vestir á su prójimo....; el indiferente no sirve para nada: tiene ojos y

no ve, oídos y no oye, lengua y no habla, pecho que no se agita, corazón duro, más duro que la piedra, porque á la piedra la rompe el martillo, la labra el buril, la horada la gota de agua que cae sobre ella constantemente: el corazón del que padece la catalepsia en el alma no se rompe con el martillo del remordimiento, ni se labra con el delicado buril del buen ejemplo, ni se horada con el agua fecunda y frecuente de la predicación..... Dadme un impio: ¿de un gran impio se puede hacer un gran santo!.. . . .

Se odia á la Iglesia porque no se la conoce, y ese desconocimiento ha herido de muerte los oídos de los hombres para que no la escuchen cuando dice: «Soy cruel? Estas son las palabras de Jesús: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. Me acusáis de altiva, de soberbia, de presuntuosa? *Sed sencillos como la paloma*—dijo Jesús—y de Dios son estas consoladoras palabras: *El que se humilla será ensalzado*.» El Redentor del mundo manifestó bien claramente sus deseos de que fuéramos cándidos, con el candor del niño, cuando de sus augustos labios salió esta expresión hienosísima: *Dejad á los niños que vengan á Mí.... Si no os hiciereis como niños, no entrareis en el reino de los cielos*. Sentimientos de venganza ¿veréis encontrar en mi corazón? Jesús perdonó á la Samaritana, á la Magdalena y á la mujer adúltera, y al preguntarle San Pedro cuántas veces habia de perdonar al pecador, Jesús le dice: *no solo siete veces, sino setenta veces siete*. ¿Por qué intentais colocar sobre mi frente el estigma de subversiva de la sociedad? La base de toda sociedad es la armonía entre los miembros que la constituyen y la armonía es hija legítima de la caridad y del amor, y estos conceptos vibran con melodias celestiales en los senos de la eternidad, en la narración genesiaca, tan sublime como sencilla, del origen de los cielos, de la tierra,

de los mares y de las criaturas todas; latén en todas y cada una de las venerandas páginas y en todas y cada una de las letras del nuevo testamento; porque amor, pero amor inenarrable, incomprensible, estupendo, es la Encarnación del Verbo, que al soplo del amor, rasgó los cielos, en brazos del amor, vino á la tierra, y por obra del Espíritu Santo, que es amor, encarnó en las entrañas purísimas de una mujer, cuyo rostro está formado de rosas y nieve, cuya alma está hecha de azucenas y rosas de Alejandria; amor es el martirio de Jesús; sed de amor tuvo Jesús en el madero santo y amor es su salvadora doctrina condensada en aquellos preciosísimos encargos: *Amaos los unos á los otros.... Amad á vuestros enemigos. Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como á ti mismo*, es la hermosa síntesis de la ley y de los profetas.... En esa sublime doctrina de que os hablo—continúa diciendo nuestra Madre—están los fundamentos indestructibles del bienestar de los pueblos, de las familias y de los individuos. ¿Por qué, pues, me perseguís? Yo tengo para los que me maltratan y ofenden una venganza: la venganza de Jesucristo en la Cruz para el pueblo deicida: *Padre, perdónalos*. No me conocéis! Estudiadme para conocerme.»

Y cuando la conozcan, hermanos, la amarán. Por esto, la más urgente, la más imperiosa de nuestras obligaciones, es cumplir, llenos de buena voluntad, sin temores, el encargo de nuestro Señor Jesucristo: *Id á predicar el Evangelio*. Predicar la doctrina del Evangelio es presentar á la Iglesia Católica como ella es: limpia de manchas, inmaculada, purísima.... Tenemos que predicar á nuestro Señor Jesucristo y á su Iglesia; darlos á conocer para que sean amados. Y este afán, este santísimo afán nuestro, no es porque nos aterre la idea de que el arbol de la Iglesia pueda ser arrancado, sino de que se desgajen algunas ramas. Hay que dar á conocer á la Iglesia no por la Iglesia mis-

ma; por nuestros hermanos, por nosotros que podemos pérecer. La Iglesia tiene garantía segura de ser inamovible: se romperá en sus fortísimos muros la piqueta con que los ímpios pretenden destruir las incommovibles columnas que sostienen el edificio de la fé; el signo de nuestra redención alumbrará hasta la consumación de los siglos con eternos resplandores á las almas; la Cruz se levantará siempre igualmente pura, igualmente inmaculada, sobre el polvo de las naciones que pasaron para no volver, sobre el desordenado montón de las ruinas de los imperios, sobre los girones de los mantos reales y sobre los informes pedazos de los tronos destruidos. Es verdad que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, pero pueden arrancar de sus amorosos brazos á muchas almas, vueltas á la vida de la misericordia con el precio de la sangre de Jesús. Que nadie se pierda! Que nadie se pierda! Que nadie se pierda! y mucho menos por descuido, por negligencia, por abandono del sacerdote; porque los labios del sacerdote se hayan cerrado en presencia de las calumnias con que se quiere rasgar la purísima túnica del cordero que heredó su esposa amadísima, la Iglesia. El sacerdote, obediente á los mandatos de nuestro Señor Jesucristo, debe volar, en alas de un ardiente celo, por todos los ámbitos de la tierra, para esparcir la luz de la fé, que es la única luz que no sufre eclipses ni ocasos; para sembrar la semilla de la doctrina evangélica, única doctrina que salva; para grabar en todos los espíritus y esculpir en todos los corazones el sello que distingue á los discípulos del Dios-hombre, el sello de la mansedumbre, y vestir á los corazones y á las almas con el vestido de la caridad. A cada segundo debe latir en nuestro pecho y vibrar en nuestros oídos aquella frase: *predica el Evangelio; predica la ley del amor... á toda criatura*, buscando á los hombres allí donde estén, sin esperar á que ellos vengan á nosotros, porque enton-

ces tal vez nuestro trabajo sea infecundo; tal vez los esfuerzos de nuestra inteligencia, las horas de vigilia serán estériles; tal vez las fatigas del entendimiento no encontrarán descanso en los brazos amorosos de Jesús; acaso lucharemos sin gloria, y, al fin de la jornada, se nos negará el premio, porque el premio está reservado para el que corona su pelea con la victoria, con el triunfo. No hay ó no debe haber límites para nuestra esfera de acción. No está circunscrito á lugar limitado el ministerio del sacerdote. Todo el mundo es nuestro, porque somos cosmopolitas. Allí donde haya un alma que salvar están nuestros parientes; allí donde haya un pedazo de tierra para plantar la cruz y erigir un templo, allí está nuestra patria. Estamos constituidos para los hombres: de los hombres se eleva á Dios el sacerdote para hablarle de los negocios de la humanidad y de Dios viene á los hombres con aquellos negocios despachados; de los hombres va á Dios para darle cuenta de las enfermedades de aquellos, y de Dios viene á los hombres con el bálsamo para las heridas, con la medicina para la enfermedad. El sacerdote debe estar en medio del mundo..... también la rosa se encuentra entre las espinas, sin perder su frescura, su lozanía ni su belleza!..... Y sin embargo, entre el mundo y el sacerdote se ha abierto un abismo. Yo no sé si es el mundo quien se ha separado de nosotros ó somos nosotros los que nos hemos alejado de él; yo no sé si son los hombres quienes nos han relegado al recinto de las sacristías, ó si nosotros nos hemos recluso voluntariamente en ellas. Lo que sé, hermanos, lo que sabeis vosotros, lo que todos sabemos, es que el mundo no vendrá á buscarnos. Para hacer fecunda una heredad, para trocar en jardín ameno un campo de abrojos y de espinas, hay que entrar en el campo, no puede hacerse desde fuera. En todos los órdenes de la vida tiene que hacer el sacerdote; en todos, en

todos! (No me extendo en cálculos sobre este particular, porque debo contraer mis reflexiones á los estrechos límites de un discurso). Quién mirará por el bien de la nación, del pueblo, de la familia, del individuo, con tanto desinterés como nosotros, que al comenzar el trabajo levantamos los ojos á Dios, y al fin de la jornada á Dios los volvemos, porque solo de Dios esperamos la recompensa? El sacerdote católico obedece á móviles divinos; no tiene miras egoístas, y si alguno las tiene, ¡peor para él!

Hay que buscar al mundo, sin dudas, sin recelos, sin vacilaciones. El mundo será nuestro; es decir: el mundo será de Dios. A esto aspiramos!

La Cruz ha salido siempre victoriosa. A sus plantas cayó el coloso romano: cuando los crímenes y los vicios corroyeron las entrañas del gigante y el gigante, consumido por los ardores de la fiebre, tocó el polvo de la tierra; cuando se desmembraron los suntuosos palacios de los Césarés, ricos en solidez, ricos en galas; cuando los dioses romanos se fueron, hollando con sus plantas el cetro y la corona de la señora del mundo....., sobre las sombras de tanta grandeza caída, se hirció majestuoso, admirable, invencible, el arbol santo de la Cruz; y el mismo sol que ha descubierto á las miradas del hombre ruinas de imperios, ruinas de ciudades, ruinas de monumentos elevados á la impiedad, escombros de altares erigidos á la herejía, viste hoy, como vistió ayer, de luz y de colores, el trono donde fué exaltado sobre el Gólgota el Rey de los siglos, el Rey de los cielos y de la tierra. La luz del Evangelio brilla hoy con la misma intensidad que tenia cuando salió de los labios de Jesús. La caridad y la mansedumbre ganan ahora los corazones como los ganaron siempre. Esas son las armas del sacerdote católico: ¡la cruz, el evangelio, la humildad y el amor!..... Esas armas, lo que esas ar-

mas simbolizan, es lo que pide el sacerdote para ser perfecto; lo que suplica á Dios diariamente al vestirse los ornamentos sagrados: *Purificame, Dios mio, y limpia mi corazon, para que, lavado con la sangre del Cordero, merezca la gloria eterna.* Que en los torrentes de la sangre del Cordero se bañe nuestro corazon!; que reciba la savia del costado de Jesús!; que se caldee en el volcán de los amores divinos!; que se una mucho al corazón de Jesucristo, para que aprenda lecciones de vida eterna y para que, viviendo en Dios, con Dios y para Dios, seamos imágenes de Jesús y tengamos en nuestros labios aquella expresión memorable. *Vivo yo, mas no yo, sino que vive en mí Cristo.*

¡Busco á Dios y fuera de Él no quiero nada; suspiro por su amor, por su amor en las amarguras y en los dolores; tengo ansias de clavarme en la cruz del sufrimiento por el amor á Jesús, porque Él, por amor mio, en la Cruz entregó su vida al Padre por la salvación de la humanidad; no quiero adulaciones: Jesús sufrió desprecios!; no quiero caricias: Jesús sufrió bofetadas!; no quiero la compañía de los hombres: Jesús fué abandonado!; no quiero fama, ni reputación, ni honra: ¡Jesús fué calumniado!; no quiero el incienso de la gloria ni de la fama: Jesús sufrió escarnios y burlas!; no quiero la admiración ni el elogio! Jesús fué insultado de la manera más vil y escarnecido con la mayor crueldad!; no quiero que me sigan las gentes para aclamarme, para coronarme de grandezas, para colocar mi apoteosis sobre la montaña de la vanidad: á Jesús le siguieron las turbas para llenarle de insultos, para coronarle de espinas, para levantar la apoteosis de sus angustias, de sus padecimientos, en el patíbulo de la Cruz sobre la altura del Calvario!; no quiero gustar delicias ni placeres: Jesús gustó hiel y vinagre!..... Quiero Cruz! siempre Cruz!..... Quiero padecer y ser despre-

ciado por Jesucristo con el dulcísimo Reformador del Carmelo; ó padecer ó morir con la Seráfica Doctora; no morir sino padecer con la amantísima Santa Maria Magdalena de Pázi. PARA MI EL VIVIR ES CRISTO Y EL MORIR GANANCIA. (1).

Cíeme, Señor con el cingulo de la pureza. Que sea siempre recta y pura la intención del sacerdote!

Merezca yo, Dios mio, el manipulo del llanto y del dolor! Tú, Jesús amante, has santificado las lágrimas; Tu pasaste por el crisol de la prueba; tu Madre y nuestra Madre sufrió las mayores angustias, las mayores congojas. Los dolores, las afrentas, las humillaciones y los trabajos son el camino del Cielo. ¡Lloremos aquí para cantar en la gloria!

Hermano mio: La Caridad de Cristo nos urge, nos solicita. Tenemos que trabajar los sacerdotes unidos, muy unidos, con los lazos preciosos del amor; la unión es la fuerza! Identificados en anhelos, en afanes y en aspiraciones, con el vínculo de la unión, seremos roca donde se estrellen las encrespadas olas de la impiedad; antemural infranqueable que rompa las oleadas del vicio y de la impostura. Unidos por la caridad seremos hermanos y como hermanos nos amaremos. Dios lo haga! Dios lo haga! Dios lo haga!.... Con la caridad buscaremos á Dios; buscaremos al prójimo para Dios, sin que nada más que Dios y la gloria de Dios nos sonría; sin que nada más que Dios nos alegre, sin que en nada más que en Dios encontremos consuelos y satisfacciones. Ocupados en nuestro Dios, que es nuestra gloria y en las cosas de nuestro Dios, no malgastaremos las horas de nuestra vida en conversaciones inútiles, en discursos estériles, en criticas destructoras!.... Si vivimos siempre con Dios, andaremos por la tierra,

(1) A los Fillpenses-1-21.

pero nuestra conversación estará en los cielos! El obrar así no es de consejo es de estrechísima y severa obligación..... ¡y de mucha conveniencia! Qué queda en nuestra alma, venerables Sacerdotes, de la flojedad de nuestro espíritu, del desmayo en el cumplimiento de nuestro deber, de la ocupación en las cosas que nos separan del fin que debemos buscar siempre, del entretenimiento en asuntos que no son de nuestra incumbencia? Aridez, mucha aridez!; intranquilidad, mucha intranquilidad!; remordimiento, mucho remordimiento!; De pensar en Dios, de buscar á Dios, de trabajar por Dios, no nos arrepintremos nunca!

Que no decaigan las fuerzas del Sacerdote; que el desaliento no detenga nuestros pasos. Adelante! siempre adelante! la corona de la inmortalidad es premio á la perseverancia. La persecución es garantía segura de que se cumple en nosotros el deseo del Padre, de que seamos conformes á la imagen de su hijo. Jesús recibió la muerte como recompensa á su amor.... Si somos cruelmente perseguidos no importa! Gloria nuestra será que así nos pague el mundo los sacrificios por el bien de nuestros hermanos y nuestro celo por la salvación de las almas, en las misiones, en la enseñanza, en la predicación y en el confesonario.

Si el mundo nos odia, primero odió á Jesús (1). Si el mundo nos dá la muerte como premio á nuestras fatigas, primero se la dimos nosotros á Jesús como recompensa á los inenarrables testimonios de su caridad.

Bendita sea la persecución!
Sursum corda y ¡adelante!

(1) Si mundus vos odit scitote quia me priorem vobis odio habuit. (Jean XV-18).

*Tu es Sacerdos in aeternum
secundum ordinem Melchisedech.*

Tu eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedech.

SALMO CIX, v. 4.

*Labia sacerdotis custodiunt
scientiam et legem requirent
ex ore ejus.*

Porque los labios del sacerdote guardarán la sabiduría, y la ley buscarán de su boca.

MALAQÜIAS, II, v. 7.

*Quorum remisistis peccata
remitantur eis, et quorum retinueritis, retenta sunt.*

A los que perdoneis los pecados perdonados les son: y á los que se los retuviéreis, les son retenidos.

SAN JUAN, XX, 23.

*Euntes, ergo, docete omnes
gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Docentes eos servare omnia, quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.*

Id pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Enseñándoles á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.

SAN MATEO, XXVIII, 19 y 20.

EL SACERDOCIO CATÓLICO



A la necesidad de una Religión, responde la necesidad de un culto; á la necesidad de una Religión y de un culto, responde la necesidad de un Sacerdocio: necesidades las tres que se completan las unas á las otras. Ente de razón sería la primera sin los segundos: manifestaciones sin objeto serían los segundos sin la primera. El hombre se ve pequeño, efecto, que, como tal, reconoce una causa superior, que no es el acaso, porque el acaso no tiene realidad ni en las locuras de una imaginación exaltada, no un efecto producido por sí mismo, porque lo que no es no tiene principios de producción, no puede obrar sin ser obra: reconoce, pues, un principio de donde ha salido y reconocerle y venerarle es obra de un momento. ¡Testigo el mundo entero desde que el hombre sentó sus plantas sobre la haz de la tierra!

El hombre, por tanto, al reconocer el *principio* cree en el *Ser superior* y creyéndole le ama, y amándole le adora, y entre el Creador y la criatura se establece una corriente de comunicaciones íntimas.... ¡Hé ahí iniciados la religión y el culto privado! Pero el hombre no ha de vivir solo; el hombre, por las cualidades de que plugo al Creador adornarle, tiende á vivir en sociedad, necesita vivir en sociedad, y en sociedad también hace manifestaciones ex-

ternas de lo que siente en el fondo de su alma. Hé aquí el culto público.

La bendición divina ha multiplicado casi hasta lo infinito el admirable monumento llamado hombre. La ley del progreso, aplicada á nuestra naturaleza, produce al hombre pueblo. El hombre pueblo es un ser colectivo que se debe á Dios como el hombre individuo. Él expresa la dependencia con actos públicos para los que necesita de una representación. ¡El sacerdote! Religión, culto y sacerdote.

Ni un solo corazón ha dejado de sentir la necesidad de estos tres elementos de la vida superior. Y no tiene que violentarse para buscar esa necesidad que no está lejos de él; no ha de estudiar el medio de conseguirla.....; allá, en el secreto más íntimo, la siente, allí palpita y sus palpitations son una misma cosa con los latidos del corazón. Mirad ríos secos, arroyos sin agua, valles desnudos de verdura y de belleza, montañas tristes desprovistas de esos pedruscos, maravillas de la acción constante del tiempo, que asombran al hombre, árboles sin fruto, flores sin aroma, pájaros sin trinos, pueblos sin casas, viviendas sin moradores, tronos sin reyes, reyes sin corona.....; no vemos un hombre sin Dios, un alma sin la idea de una religión, ni un corazón sin el sentimiento de una religión, de un culto y de un sacerdocio. Ya lo dijo tan hermosa como concisamente el gran filósofo de la antigüedad.

Hagamos, por arte de una abstracción caprichosa, la figura de un hombre sin aquellos sentimientos. Hemos hecho una obra que supera á todas las fuerzas de uno y otro orden: hemos creado un alma sin potencias; un ser humano sin espíritu; un corazón sin movimientos. Innatos, como los movimientos al corazón, indispensables, como el comercio entre el cuerpo y el espíritu para la vida orgánica, esenciales, como las potencias al alma, son aquellos

tres elementos á la vida del hombre, compuesto de espíritu y materia. Sin ellos está seco como el árbol sin savia, agostado como los campos sin la lluvia bienhechora, frio como la estatua de mármol que no ha podido moverse á impulsos del fuego de la inspiración del artista.

Hay, sin embargo, una sola religión verdadera: la Católica; un culto que corresponde en verdad y en dignidad de origen é institución á esta religión santísima y esta religión tiene un sacerdocio, el solo elegido por Dios, el que de Dios ha recibido una dignidad altísima y una misión sublime: el sacerdocio católico.

Meditemos un poco esta verdad, con la gracia de Dios y con la ayuda de la Santísima Virgen.

AVE MARIA.

La reunión de individuos que forman el individuo pueblo, hemos visto que tiene sus deberes para con Dios; deberes que, en colectividad, manifiesta con actos exteriores. Los hombres de todas las razas, los afiliados á todas las religiones, votaron siempre, por común acuerdo, la entrega de poderes, por decirlo así, á uno ó á varios de sus semejantes, para que estos, en su nombre, ejercieran la práctica del culto; para que ellos, delegados de la multitud, á la multitud representaran delante de su Dios. Y estos hombres son los Sacerdotes; los hombres venerados por la altísima misión que desempeñan, y el carácter que esta les dá; con la obligación de enseñar la ley y la doctrina, interpretarla, y velar, en suma, por el bien espiritual del pueblo á que representan. Solo dos pueblos se han visto enriquecidos con el hermoso privilegio de tener á sus sacerdotes divinos; divinos, porque Dios ha querido nombrarlos; ¡especial providencia de su amor: el pueblo de Israel y el pueblo cristiano. Y en esta misma gracia de la Suprema Bondad ¡qué ventaja tan inmensa tiene en su favor el segundo! A aquel le dió Dios el sacerdocio, es verdad, pero se le dió vinculado á una familia: é este le dá sus sacerdotes eligiéndolos uno por uno y haciendo en singular el juramento sublime cuando el Obispo imprime el sello indeleble del carácter sacerdotal en el alma del elegido; *Tu es Sacerdos in aeternum*, tú eres sacerdote para siempre! El sacerdote de la antigua ley tenía su esfera de acción limitada á las cosas materiales, creadas, perecederas; el sacerdote de la ley de gracia se mueve en un mundo sobrenatural: sobrenatural es cuanto le rodea al desempeñar las celestiales funciones de su ministerio sagrado: en lo celestial vive; lo celestial ruega; á lo celestial envía las oraciones del pueblo cristiano. No; no es obra de los hombres el sacerdocio católico; no es una representación caprichosa de los hombres para

con Dios; es una magnífica representación de Dios para con su misericordia; es la continuación de la obra altísima de Jesucristo, Sacerdote sumo y víctima propiciatoria á la vez. El gran sacerdocio de nuestro Redentor adorable, sacerdote hasta toda la Eternidad, no había de tener fin en la tierra; la obra de la expiación de la culpa humana debía perpetuarse y Cristo abandonaba este país para volver al seno de su Padre Celestial de donde había venido. Jesucristo dió una ley, enseñó una doctrina, redactó un código precioso de las costumbres y fundó una Religión y una Iglesia, Religión é Iglesia perdurables, porque Él había de ser el sostén invisible, el guía, el jefe, el piloto divino, en fin, que rigiera y gobernase el timón de esta barquilla, imperturbable siempre é invencible, roca dura contra la cual se estrellarían las olas furiosas de las tempestades que el infierno había de suscitar. *Portae inferi non praevalerunt adversus eam*; y á esta Religión le señaló un culto, y para este culto delegó su poder en unos hombres, representantes suyos, ministros suyos, sacerdotes como Él, *in aeternum*, mediadores entre Dios y los hombres, sacerdotes que habían de tener en sus labios la doctrina: *labia sacerdotis custodiam scientiam* y de su boca saldría la enseñanza de la ley: *et legem requirunt ex ore ejus*. Pero no fué bastante este asombroso rasgo de la misericordia de Dios: Él mismo les señaló los caminos; de sus labios brotaron las enseñanzas á que habían de ajustarse, enseñanzas de paz, que para su perpetua conservación quedaron estampadas en ese libro nunca bastante leído y estudiado, en ese libro breve, porque el libro de la verdad es conciso como ella, en ese libro que constituye el Evangelio de Dios, la palabra del Mesías.

Algo más que cosas de la tierra habían de ventilar los hombres delante de Dios: se trataba de cosas divinas, admirables, de la gloria de Dios y de la salvación del mun-

do, y por eso quiso que los encargados de negociar asuntos de tanta trascendencia con el Eterno Padre, fueran hombres, sí, para la confianza de sus hermanos, pero hombres con delegación divina, hombres con el alma sellada por la mano de Dios con eso que llamamos carácter indeleble del sacerdote, hombres consagrados á Dios por Dios mismo, hombres, como decíamos antes, *divinos*, hombres que iban á ostentar la misión de Jesucristo, y para esto necesitaban ó ser dioses como Él, ó tener potestad de Dios.

Esto no es decir que Dios ordene uno por uno á sus sacerdotes: potestad tan grande de hacer Cristos confió á los Obispos, sucesores de los Apóstoles, y á los Obispos pide la Iglesia que consagren ministros del Señor á aquellos á quienes el Señor ha elegido y Ella, Madre solícita y cariñosa, ha preparado poco á poco con exquisita ternura y los ha acompañado á subir uno á uno los peldaños del gran monte, hasta dejarlos ungidos... *Postulat, reverendissime Pater, postulat....—¿quién?—Sancta Mater Ecclesia ut hunc presentem Diaconum ad onus Presbiteri ordineris.* La Santa Madre Iglesia Católica pide, señor y Padre reverendísimo, que á este Diácono le elevéis al honor del sacerdocio.—Por qué? ¿Qué títulos tiene? Quién le designa? Quién le llama? Es digno?

Allá, en momento solemne de gratisíma memoria, cuando el corazón no conocía más latidos que los latidos de la pureza, cuando la existencia no estaba agitada con las sacudidas de las pasiones, de las desgracias, de los infortunios, cuando el hombre era niño precioso en la presencia de Dios, el niño sintió algo extraordinario en los secretos de su pecho, algo que le llevaba al deseo de ser de Dios enteramente, algo que le preocupaba en todos los instantes... ¿qué sabe el niño de estas cosas? Era ¡la corriente de la gracia especial de la vocación al sacerdocio! Dios tiene

un elegido más. El niño siente cada día mayor el anhelo, cada instante el llamamiento divino progresa, y un alma, enterada de los admirables secretos de aquel corazón, le dice: Dios té llama! Dios te quiere! tú debes ser sacerdote! Ah! Pero el sacerdocio requiere una preparación delicada: muchos años de reflexiones, muchas obras de gran mérito para conseguir los dos tesoros indispensables: ciencia y virtud. Santo y sabio debe ser el sacerdote: aquello, porque siempre ha de andar en cosas santas y *sancta sancte sunt tractanda*; porque así lo quiere Jesús; porque ha de servir de ejemplo y de modelo; porque ha de reprender; si él es reprehensible, ¿sus reprensiones obtendrán éxito? esto, por que ha de guardar la ciencia y enseñar la ley: *labia sacerdotis custodiunt scientiam et legem requirent ex ore ejus*; para prepararse á combatir el error ¡que es fuerte! y para que el obsequio de su fé sea razonable *rationalibile sit obsequium vestrum.* ¿Quién ha de resolver las consultas; ¿quién ha de aclarar las dudas?; ¿quién ha de decir la verdad?

Hay unos edificios severos, majestuosos, adonde no llega el ruido del mundo, llamados *Seminarios*; semilleros de gente que ha de salir de allí para sembrar en los corazones que no la tengan, la semilla del bien, ó dar savia á la sembrada. Allí está el niño; allí le ha colocado la madre cariñosa, la Iglesia Santa, para que, al abrigo de su regazo maternal, bajo la tutela de hombres ya formados en el saber y en la virtud, el niño crezca, crezca libre de las asechanzas del demonio y de los halagos del mundo, y su inteligencia se aclare más y más con la luz de la verdad, y su corazón se robustezca con las prácticas del bien, sin que un momento siquiera velen los resplandores de la una ó maten la vida del otro el vicio ó el error. Y el niño se hace hombre, hombre robusto y enérgico, gracias á los cuidados de la madre tierna, y bien pron-

to se encuentra á los pies del sucesor de los Apóstoles escuchando la súplica de Madre: *Hazle ministro de Dios....* Que si es digno? La Iglesia os le presenta—le dicen—y yo, en su nombre, os aseguro de que, en cuanto puede afirmarse, en cuanto permite conocerlo la humana fragilidad, digno es, su conducta lo atestigüa; si en el fondo de su alma hay algo desconocido, Dios lo sabe, solo Dios. El Obispo recibe la buena nueva exclamando en medio de los más dulces trasportes: *Deo gratias....* Poco después la voz omnipotente ha pronunciado el juramento inefable: *Tu es Sacerdos in aeternum*, y la criatura ha sido encumbrada á una dignidad pasmosa, que anonada, por que es muy pequeño el hombre, no ya solo para recibirla, sino para pensarla.

II

Conocer el acto sacramental, cuya divina virtud consagra y transforma al Sacerdote, es tener ya una idea de la fisonomía y ministerio de éste. El Sacerdote lleva en su alma la indeleble inscripción del juramento de Dios; está colmado de los más excelentes dones de la gracia; es señor del Altar, donde su misterioso poder une al cielo con la tierra; en una palabra: la consagración sacerdotal produce en la Iglesia una maravilla solamente inferior al adorable misterio á que está ordenado el Sacerdote. El Sacerdote, dice el Apostol, está tomado de entre los hombres, y destinado á ellos en las cosas de Dios, como son ofrecer dones y sacrificios. Por otra parte, él es el agente de Dios, y el dispensador de sus gracias y misterios. Quien veía á los Sacerdotes de la antigua ley, veía un simple bosquejo de Cristo: quien vé al Sacerdote de la ley nueva, vé como la forma expresa del hombre-Dios, su persona, su continuación, el mismo Cristo, porque en Cristo se trans-

forma cuando dice, lo mismo que dijo él, las palabras del sacramento de amor.

El oficio del antiguo Sacerdote era escoger la materia viviente de los holocaustos, derramar la sangre, consumir las carnes, expresar con la aniquilación de las víctimas los religiosos abatimientos del hombre, su nada delante de Dios infinito que es todo. Pero al Sacerdote de la nueva ley le está cerrado el vasto campo de la naturaleza. Nada hay en él que escoger después que el Hombre—Dios dijo: *Fuera los holocaustos sin alma y sin vida; á Dios no le placen. Hedme aquí. Ecce venio.* Este Hombre—Dios es la cosa sagrada que se ha de ofrecer al Soberano Señor de la vida, para consumir la Religión del pueblo redimido «¡Oh poder admirable! Oh cuanta sublimidad en el formidable y admirable Sacerdocio de la nueva ley»—dice S. Efen: sin dejar la tierra, el Sacerdote obra hasta en lo más alto de los cielos.... Vemos al hombre, al hombre que conocíamos antes de que se obrara en su alma el estupendo prodigio de la consagración; al hombre quizá lleno de defectos y miserias, pobre y pequeño, porque al recibir en su alma la potestad de Dios, no la desprendió de su cuerpo, ni desligó á éste de los vínculos que le sujetan á los desastres de la primera culpa; al hombre que acaso no atesora conocimientos grandes; que tal vez se meció en humilde cuna, desheredado de los favores todos de la naturaleza; al hombre ¡Dios no lo quiera! pecador y pecador por malicia.... sin embargo, este hombre habla y su voz tiene el indecible poder de rasgar el cielo, dominar al Omnipotente, é inmolar al Inmortal...! Este hombre, con una palabra, se apodera de la Persona de Cristo, Dios de Dios, para que real y verdaderamente como está en los cielos, se oculte tras los débiles velos de las especies sacramentales y viva en el Sacramento por nuestro amor.

Veamosle: es llegado el momento inexplicable....; la

religiosa multitud ora y ora con la vista baja, porque no se siente con fuerzas para mirar la majestad deslumbradora de un Dios..... El Sacerdote se inclina.....; emocionado y tembloroso dice una frase..... ¡quién no se admiral: en las manos de aquel hombre se halla Dios aprisionado..... esperando órdenes de la voluntad de la criatura..... ¡Dios ha renacido de alguna manera en las manos del Sacerdote! Se ha obrado un prodigio que los Doctores comparan á la Encarnación..... Relacionemos este acto con el *fiat* de la creación, y si Dios sacó el mundo de la nada, el hombre convierte las sustancias de pan y de vino en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo..... En sus labios tiene el hombre toda la grandeza de los cielos, y en sus labios y en sus manos los tesoros de la misericordia infinita.....

Un grupo de gente se dirige al templo del Señor.....llevan un niño, un niño recién nacido, á quien sus padres han dado la muerte del espíritu juntamente con la vida del cuerpo. Para este niño están cerradas las puertas de la celestial Sión. ¿Quién podrá abrirlas? ¿Quién podrá darle la vida del espíritu? En las puertas del templo espera un hombre.....; para qué? En sus manos toma un vaso de agua, la derrama sobre la cabeza del niño, pronuncia unas palabras, y..... ¡las puertas del Cielo se abren, y á raudales desciende la bendición de Dios sobre el alma del nuevo hijo de la Iglesia! La culpa original ha quedado lavada; el niño tiene derecho indiscutible á la bienandanza celestial.....

Han pasado unos años..... Un hombre gime en la soledad de su retiro, solo, porque le ahogan los remordimientos de su conciencia; con sus crímenes ha borrado casi por completo los recuerdos de su fé, y casi no sabe mur-

murar las dulcísimas plegarias que aprendió de los labios de su madre..... ¡Dios está ofendido! El número de las culpas del pecador es tan grande que el hombre tiembla ante el horizonte de la eternidad. ¿Quién puede perdonarle? Dios le ha apartado de Sí, y el mundo y su conciencia y todo lo que le rodea le acusa, le grita, le pone al lado del abismo de la desesperación.

Allá en el templo hay un hombre.....; un hombre que tiene las llaves del perdón y de la misericordia; espera largos ratos, pidiendo á Dios por los pecadores y repasando las hojas del breviario. En su busca corre la victima del dolor, se arroja á sus plantas, hace una ingenua manifestación de las torturas de su alma y, lo que no hicieron las lágrimas y los gemidos, lo hace el hombre: dos palabras nada más y los crímenes de la miserable criatura quedan siempre en el olvido del Señor..... ¡*Ego te absolvo* Todo limpio, todo lavado..... ¡Un alma inundada de los torrentes de la gracia!

III.

¿Para quién es todo esto?: la elección divina y la asombrosa dignidad? Dios, al pensar en esto, pensó en el hombre: *pro hominibus constituitur..... ut offerat dona et sacrificia pro peccatis*. Con los hombres ha de estar el Sacerdote y en medio de los hombres ha de obrar los prodigios de su ministerio. Él nos representa delante de Dios; él ofrece oraciones por nosotros y nosotros con él hacemos el sacrificio inculpado. Él solo sube las gradas del santuario, pero une nuestras plegarias á las suyas; habla en términos generales; formamos con él una sola entidad. ¡*Oremos!* Nos ha invitado; callemos nosotros; escuchemos su oración que es igualmente la nuestra; la nuestra ofrecida al Eterno Padre *per Christum Dominum nostrum*. Oremos con

él más tarde para que su sacrificio y el nuestro sea agradable á los ojos del Señor: *ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem Omnipotentem*.... Pero él ha ofrecido el pan y el vino de la propiciación. ¿*El? Offerimus tibi*; Te ofrecemos, dice, te ofrecemos todos, todos, porque todos están conmigo en este momento; yo solo me acerco á Ti, porque soy el elegido, pero ellos me siguen, me acompañan.

Sentimos, nos apenan los ultrajes que se infieren á la Majestad increada?; tememos que la justicia de Dios descienda sobre nosotros?; pedimos perdón? *Parce, Domine, parce populo tuo*; perdonad, Señor, á vuestro pueblo, exclama el Sacerdote. Las bendiciones del Cielo ¿nos abrevian las horas del dolor?; estamos reconocidos á los favores inmensos que el Todopoderoso nos ha dispensado? Busquemos al Sacerdote: él sabe un himno precioso de acción de gracias que hará subir al Trono del Increado en testimonio de nuestro reconocimiento: *¡Te Deum laudamus!* Siempre le encontramos; siempre está dispuesto á escucharnos.

Él nos ama tanto, porque de amor y de paz es su misión, que nos recibe en la Iglesia cuando venimos al mundo, y no nos abandona hasta que nos abre las puertas del Cielo, junto al lecho del dolor. ¿Estamos enfermos?; á nuestro lado tenemos al Ministro del Santuario. Lloramos las amarguras de la desgracia?; junto á nosotros está el Sacerdote para mezclar sus lágrimas con las nuestras, enjugar nuestro llanto y darnos con sus consuelos lenitivo á nuestro pesar.

.....
Paz y amor para los justos; paz y amor para que no se alejen del Sacerdote las almas encomendadas á sus cuidados; paz y amor para traer al redil la oveja descarriada. Desgraciado el Sacerdote que no ajuste su misión á

la misión de Jesús! No es con recriminaciones, no es con palabras de muerte, no es con dureza con lo que se gana al mundo, ¡ni Cristo le ganó así! Ternura, mucha ternura; caridad, mucha caridad; amor, mucho amor. Que el mundo nos conozca bien; que cuando no nos ama es porque no nos conoce. El mundo será bueno, si somos buenos los Sacerdotes: *Sicut populus sic sacerdos*. Estemos con él; unámonos á él, que eso quiere: y si, porque no es bueno, le abandonamos, le maldecimos, él nos maldecirá y se alejará cada día más de nosotros. ¡Paz y amor! Eso nos enseñó Cristo; á eso vino á la tierra no á buscar justos, sino pecadores: á salvar á los que van á perecer.

Paz y amor!

AMEN.

